

Manuel Machuca

Doctor en Farmacia. Escritor



'Game over'. La revolución molecular

El mundo está cambiando sin remisión. Cada vez son más las voces que alarman acerca del cambio climático que viene, y que ya nos está dando señales claras. Parece que el planeta azul ha perdido su capacidad de regulación, y la causa es humana.

El modelo de desarrollo basado en la explotación sistemática e ilimitada de los recursos está llegando a su fin. No hay salida. *Game over*. Se acabó. Decididamente, mal que les pese a los defensores del mercado como norma, del liberalismo a ultranza como modelo, pronto van a tener poco que decir. En palabras de **Leonardo Boff**, la sociedad consumista y devastadora de la naturaleza no es universalizable; tan sólo sirve para mil seiscientos de los más de seis

mil millones de habitantes de nuestro planeta. Nuestro desarrollo deja fuera a tres de cada cuatro personas. Así de simple: tres de cada cuatro, que además, son, no se olvide, lo repito, personas.



El proceso industrialista que comenzó en 1730 toca a su fin y únicamente ha servido para dar desarrollo a una parte ínfima de la humanidad. Al resto se les sigue machacando

como siempre, aunque ahora existe una ligera diferencia: lo que viene nos toca a todos por igual. Antes, las crisis en el mundo eran regionales y afectaban a unos pocos; ahora, por el contrario, van a ser globales y todos nos veremos implicados.

El planeta Tierra va a buscar otro punto de equilibrio, y para ello no va a distinguir a pobres de ricos, y tendrá al agua como eje central, ya que su ausencia por mor de las sequías, y sus excesos, en forma de inundaciones, van a marcar el futuro.

El agua potable es el recurso más limitado de toda la Tierra. Apenas constituye el tres por ciento del agua total, y nada más que el 0,7 por ciento, cifra para la ironía, es accesible. Además, ocho países acumulan el 60 por ciento del total.

El exceso de regadíos en países como el nuestro,

**El planeta Tierra
va a buscar otro
punto de
equilibrio, y no
distinguirá a
pobres de ricos**

el derroche del agua y su falta de control y aprovechamiento, agravan aún más la situación. **Juan López Martos**, antiguo consejero de Obras Públicas de la Junta de Andalucía, afirma que ya no hacen falta periodos de sequía para hablar de escasez de agua, ya que ésta se da incluso en épocas lluviosas.

Necesitamos, pues, nuevos paradigmas de civilización, con nuevos valores, porque el *modus vivendi* nacido con la industrialización y sustentado por la ideología capitalista no tiene salida. Es probable que haya mucha gente que no esté de acuerdo con este diagnóstico, que transcribo ya que no es mío. Pero me gustaría saber si esas personas de verdad creen que así podemos seguir durante más generaciones. Ni siquiera les pediría un poco de estómago, por decir algo que no suene tan mal, y que pensasen por un instante en los más de cuatro mil millones de personas que viven en condiciones de pobreza y necesidad, no. Que digan si ellos, los elegidos, los acomodados, la gente de éxito, los que viven en la abundancia, los excesos y caprichos constantes, podrán seguir abusando del planeta y del resto de la humanidad de la misma forma que hasta ahora.

Leonardo Boff propone nuevos valores para una nueva civilización, que se antojan imprescindibles, y

que me gustaría, de paso, también comentar:

En primer lugar, dice que lo primero que debemos tener es corazón, sensibilidad. Como dice **Adela Cortina**, catedrática de Filosofía Jurídica, Moral y Política de la Universidad de Valencia, ser capaces de

sentir al otro y de indignarnos con lo que le pase. No podemos seguir conviviendo con el hecho de que tres cuartos de la población esté sometida a la miseria y el hambre. El lugar de los valores no es la razón, el cartesiano “pienso, luego existo, sino el corazón”.



afectar y ser afectados. Es lo que más falta en el mundo, abrirnos al otro y sentir que sus males son también los nuestros. El desafío, según esta activista de la ética, es que ésta llegue al poder.

Necesitamos sacar a flote nuestra capacidad de

De ahí que esta máxima haya que sustituirla por la nueva “siento, luego existo”, El corazón es el centro del ser humano, y quizás no sea casualidad que esté situado un poco a la izquierda.

Debemos abandonar nuestro egocentrismo,

**Necesitamos
nuevos
paradigmas de
civilización, con
nuevos
valores**

nuestro individualismo, nuestro miedo a mirar al que sufre. Debemos liberarnos de la anestesia moral que nos invade y que nos ha vuelto insensibles, inermes ante las personas que no tienen, a las que muchas veces miramos sin sentirnos responsa-

El siguiente valor primordial que propugna Boff es la ética del cuidado esencial. Según **Heidegger**, la esencia del ser humano es el cuidado: morimos si no cuidamos. El cuidado acompaña el aura del ser humano. Hemos descuidado el planeta, nuestro cuer-

mo si nada pudiera cambiar.

También aboga por la ética de la responsabilidad. Jamás en la historia tenemos tanta responsabilidad como ahora. Ser responsable es ser consecuente de nuestros actos. Antes podíamos hacer las guerras que queríamos; hoy ya no podemos. A la vista está. Lo que hagamos tendrá sus consecuencias, y lo que no hagamos también.

Y por último, la espiritualidad, que es vivir esa dimensión que no es monopolio de las religiones. Debemos reconocernos ese ser trascendente que hay en nosotros. Debemos romper la coraza, la armadura que nos hemos creado para defendernos del mundo, y abrirnos a éste sin miedo.

Debemos rescatar las sabidurías ancestrales de los indígenas y recuperar la convivencia con la tierra. La palabra hombre viene de humus, tierra fértil y fecunda. Como decía **Atahualpa Yupanki**, el hombre es tierra que camina. Pisemos la tierra fértil con nuestros pies desnudos. Dejemos sentir su caricia, su humedad, dejemos que nos penetre su energía y nos inunde.

Los mamíferos tenemos en nuestras entrañas la esperanza. El neo cortex nos llena de emociones y de pasiones y, citando a **San Agustín**, los humanos únicamente cambiamos por un gran amor o por un gran dolor.



bles, y otras tantas a las que ni tan siquiera miramos. No podemos seguir conduciéndonos por la vida como lo hacemos en el coche, presos de la prisa, valga el juego de palabras; angustiados y encerrados, agresivos ante lo que nos rodea.

po, nuestras ciudades. Todo lo que amamos lo cuidamos, y hoy aparecemos como seres dementes que hemos perdido la racionalidad. No nos cuidamos ni cuidamos. Avanzamos en la vida como si fuera eterna, como si la naturaleza fuera también eterna, co-

No nos
cuidamos ni
cuidamos.
Avanzamos en la
vida como si
fuera eterna



**Faltan recetas,
es cierto. Pero
eso no le quita
un ápice de
verdad al
diagnóstico**

Tenemos que cambiar. No queda otra. Se critica a las organizaciones anti-globalización por su falta de propuestas alternativas. Faltan recetas, es cierto. Pero eso no le quita un ápice de verdad al diagnóstico. Y el diagnóstico es el diagnóstico. Aun ante una enfermedad incurable, no porque se careciese de tratamiento, el diagnóstico podría ser discutido.

Debemos superar las inercias que nos atrapan, nos inactivan y desmoralizan. ¿Qué podemos hacer cada uno por nosotros mismos, si ni los sesudos estudiosos aportan propuestas que nos convenzan?

No es fácil responder, y corremos el peligro de que sigamos parcheando el futuro. Los parches pueden servir cuando los proble-

mas no son graves, pero seguir parcheando puede ser un suicidio.

Además, la ausencia de soluciones o de alternativas no retrasa el desenlace y por tanto, no es excusa para no actuar. Y la propuesta de Boff es la de la revolución molecular: "si yo no puedo cambiar el mundo, al menos puedo cambiar lo que soy yo".

Tener la responsabilidad de cambiarme a mí mismo es la tarea. La propuesta es coherente con el primer postulado de los nuevos valores: si cambio la mirada al otro, si me permito ver y me indigno con lo que le pasa al otro, si ayudo a quien está cerca de mí a que vea y se indigne, el mundo puede cambiar con esta revolución molecular.

Si miro por los otros y por mi planeta, si reciclo, cuido los árboles y a la naturaleza con la que interactúo en general, si reutilizo, si reduzco el consumo de lo que se puede acabar o contamina, si hago un esfuerzo en ese sentido, y ayudo a quienes me rodean a que lo hagan, estaré practicando la revolución molecular.

Si soy responsable de mis actos, si tengo en cuenta las consecuencias de lo que hago antes de actuar, estaré haciendo la revolución molecular.

Si no utilizo la violencia, ni tan siquiera verbal hacia los demás y hacia la naturaleza, si sólo el diálogo es mi idioma; si intento entender la postura del otro antes de convencerlo de mis ideas; si me dejo sor-

prender por esas ideas del otro y las acepto sin miedo al qué dirán, o a que otros me encasillen, estaré haciendo la revolución molecular.

Si nos paramos a pensar, si le buscamos el sentido último a lo que hacemos, si reflexionamos, si miramos nuestro interior, si escuchamos a la madre Tierra que nos ha acogido y protegido durante milenios, estaremos haciendo la revolución molecular.

En un mundo globalizado como el nuestro, en el que los problemas alcanzan tal dimensión que parece que se escapa de nuestras manos, que nos desborda, nunca como hasta ahora hemos tenido la solución tan cerca, aunque quizás tan difícil.

Desconfía de los falsos redentores, de salvapatrias y otros cantamañanas. No sirven, a ninguna escala. La solución está en la mano de todos y cada uno de nosotros. El yo alcanza una nueva dimensión, que no puede entenderse si no se conjuga junto al nosotros.

Recuerdo el campo de refugiados de Mugunga en la ciudad hoy congoleña de Goma, a orillas del lago Kivi, allá por 1994. Cuando vimos tanta tragedia que la guerra de hutus y tutsis deparó, nos miramos todos los que estábamos y probablemente pensamos, que la única solución era que cada uno hiciese su tarea. Así lo hicimos y conseguimos unas estadísticas sanitarias en poco tiempo



que podían considerarse un milagro. Cuando se actúa así, se puede cambiar. Es cuestión de creer que se puede hacer. Y, por supuesto, transformarlo en nuestra norma de conducta, para no permitir que todo se convierta en un esfuerzo estéril, como fue aquél.

Hay que optar por la simplicidad. No podemos seguir mirando y esperar que otros arreglen el mundo. Quizás es lo que está esperando mucha gente, puede que sea lo cómodo, pero es imposible que dé resultado.

Es cierto que pueden existir avances tecnológicos que palien o retrasen

esta presunta catástrofe. Los hay y los va a haber. Pero el mundo no puede seguir así por mucho más tiempo.

No podemos permitir que el mundo siga así. La Revolución Industrial ha conseguido muchos avances para el mundo, pero ya no da más de sí. Cuanto antes entremos en una nueva dimensión, tanto mejor.

La nueva revolución no se basa en consignas, en guerras ni en ejércitos. Las únicas armas posibles son las de la indignación ante la injusticia y la mirada hacia el interior de uno mismo. Confía y haz tu parte. ■

www.manuelmachuca.com

El yo alcanza una nueva dimensión, que no puede entenderse si no se conjuga junto al nosotros